

Liv Kony Vergara Romaní
Las lenguas indígenas peruanas
 México, INAH, 2007.

Francisco Barriga Puente*

Escribir *Las lenguas indígenas peruanas* exigió una labor tan tenaz como entusiasta, consultar una multitud de libros y artículos –muchos de los cuales hubo que encargar o buscar en el extranjero–, acopiar y procesar un cúmulo importante de información, para finalmente redactar borrador tras borrador, hasta conformar el libro que aquí se reseña.

La obra abre –así, aliterado, como el “ya se oyen los claros clarines” de Rubén Darío– ofreciéndonos un esbozo general de las correlaciones arqueológicas y lingüísticas en ese país andino. Para cada uno de los horizontes que han establecido los arqueólogos, existe una cultura representativa, a la cual se le ha podido adscribir una lengua con cierto grado de certeza. Así tenemos que en el Horizonte Temprano (de 1500 a.C. a 200 a. C.) se desarrolló la cultura chavín, que probablemente hablaba una lengua arahuaca. Para el Horizonte Inter-temprano (de 200 a.C. a 700 d. C.) se desarrollaron las culturas mochica y nazca. La primera debió hablar la lengua mochica y a la segunda aún no se le ha podido adscribir una lengua. Durante el Horizonte Medio (de 700 d. C. hasta el siglo XIII) florecieron las culturas wari y tiahuanaco, que hablaban las lenguas puquina y protojaquí, respectivamente. Las culturas representativas del Inter-tardío (siglos XIII al XV) son la chimú y la chincha, que probablemente hablaban la lengua yunga. Finalmente, el Horizonte Tardío (del siglo XV en adelante) es dominado por la cultura inca que, como todos sabemos, hablaba la lengua quechua.

En el segundo capítulo se expone el catálogo de las lenguas indígenas peruanas. He aquí la primera sorpresa, pues a diferencia de lo que algunos lectores ingenuos podrían suponer, en Perú no sólo se habla quechua. De hecho es uno de los países americanos con una mayor diversidad lingüística. El catálogo en cuestión da razón de 84 lenguas (sin desdoblar el complejo quechuan), agrupadas en 21 familias y siete grupos de alto nivel: el chibchano-paezano, andino, macrotucanoano, ecuatorial, macrocaribe, macropaneano y harakmbet. A todo lo anterior hay que añadirle el callahuaya o machaj juyay, que es una lengua mixta (quechua con aymara y puquina), secreta, hablada por los curanderos de la región del Titi-



Tlaxcala. Panotla.

caca. Las agrupaciones genéticas son esquematizadas con árboles y su distribución geográfica es mostrada con mapas de muy buena factura.

El tercer capítulo está dedicado a la fonología. Además de los inventarios, se examinan los rasgos suprasegmentales y los patrones silábicos de una muestra de 23 lenguas, que representan a todas las agrupaciones genéticas identificadas en el país. Aquí vale la pena subrayar que la variación encontrada es importante. Por ejemplo, en cuanto a las consonantes, el yagua sólo tiene diez, mientras el ocaina witoto tiene 27. En este mismo orden de cosas, cabe destacar la triple serie de oclusivas, con cinco puntos de articulación, del aymara, que arroja un total de quince oclusivas sordas. En cuanto a las vocales, aymara y quechua sólo tienen tres, mientras el andoque acumula catorce (nueve orales y cinco nasales). En cuanto a los suprasegmentales, cabe señalar que la lengua ticuna tiene cinco tonos. Finalmente, la cereza del pastel es el *click* labio-velar del bora (una consonante cuyo sonido es parecido al de

* Dirección de Lingüística del INAH.



un beso). La presencia de este segmento en una lengua peruana es importante, porque tradicionalmente se ha dicho que los *clicks* sólo aparecen en las lenguas sudafricanas. Tocante a este mismo particular, cabe agregar que María Pucci me ha informado que en algunas lenguas del Gran Chaco también se han reportado *clicks*.

El capítulo cuatro se titula “Morfología y sintaxis”. A lo largo de sus 80 páginas se bocetan las gramáticas de siete lenguas —una por cada grupo de alto nivel— con referencias ocasionales a otras lenguas emparentadas y ubicadas dentro del territorio objeto de estudio. En términos generales y en la medida de lo posible, para cada lengua se describe y se ilustra con múltiples ejemplos: la flexión nominal (incluyendo los sistemas de casos), la flexión verbal, los procesos de derivación, el orden básico de constituyentes (oraciones transitivas-declarativas-simples con sujetos y objetos nominales, el orden relativo del nombre y el adjetivo que lo modifica, el de un nombre poseído y el de su poseedor, así como el de las construcciones adposicionales), el alineamiento (relaciones gramaticales) y la oración compleja. Al revisar los bocetos gramaticales, no faltaron algunas alusiones a los sistemas de evidenciales

y a los de cambio de referencia. También dentro de la morfología verbal, se debe destacar —por su interés— la presencia de sistemas de dos tiempos (futuro/ no-futuro y pasado/ no-pasado), así como la amplia subcategorización que ocasionalmente llega a experimentar el pasado como en el yagua, que establece cinco pretéritos bien diferenciados (los correspondientes, aproximadamente, a hoy, ayer, entre hace una semana y un mes, entre hace uno o dos meses y, entre hace uno o más años atrás). En la morfología nominal sobresalen los 350 clasificadores nominales del bora y el habla por sexos del cocama. Asimismo, se debe apuntar que todas las lenguas de la muestra, menos el yagua, tienen un sistema de casos morfológico bien plantado. Lo anterior es congruente con el hecho de que dominen las lenguas sov. Finalmente, cabe decir que, en materia de alineamiento, la regla es que las lenguas sean del tipo nominativo-acusativo con objeto primario.

El quinto y último capítulo contiene un anverso y un reverso. El frente muestra un acercamiento sociolingüístico a las lenguas indígenas del Perú, encuadrando sobre todo los perfiles del plurilingüismo y el de las actitudes de los hablantes hacia sus propios hablantes. La vuelta, por su

parte, más bien se abate sobre la bisagra de las políticas lingüísticas –incluyendo la educación indígena–, que en las últimas décadas ha implantado el estado peruano, los gobiernos que sucesivamente han tenido que encarar el reto de dicha educación. Al respecto, vale la pena destacar las acciones realizadas por las ONG y las propias comunidades, en cuanto a la organización para la defensa de sus tierras, de su entorno ecológico y de su cultura, como parte del contexto que rodea a las lenguas, a sus lenguas. Aquí no está de más recordar que parece existir una correlación entre diversidad biológica y diversidad lingüística.

Con todo ello esperamos que este trabajo contribuya a la revaloración de estas lenguas y al fortalecimiento de las identidades de sus hablantes que, por ser grupos minoritarios y sin poder político, económico ni social, corren más peligro de perder el conjunto de formas y valores que los caracterizan (entre ellos la lengua) durante el proceso de globalización que vivimos. En síntesis, aspiramos tanto a beneficiar a los pueblos indígenas, como a ofrecer información pertinente para sustentar, apoyar y mejorar las políticas públicas, los programas sociales y los proyectos de trabajo relacionados con esta parte de la población del Perú; asimismo pretendemos que esta obra sea de utilidad a la lingüística peruana, para el desarrollo de futuros estudios científicos (Vergara Romaní, 2007: 12-13).



Azteca. Cuauhtlantzin.

Para terminar la reseña, quisiera compartir con los lectores una tercia de reflexiones motivadas por el libro –por la tesis premiada– que hoy se presenta.

La primera es que, hasta donde mi conocimiento llega, *Las lenguas indígenas peruanas* inaugura un género dentro de los trabajos de titulación de la carrera de lingüística. Ojalá no sea el primero y el último trabajo, porque estas monografías son necesarias para obtener visiones panorámicas e integrales de lenguas por regiones. Ojalá, entonces, que haya nuevos proyectos de esta naturaleza y que reciban el apoyo y reconocimiento que se merecen, sin regateos mezquinos.

La segunda reflexión tiene que ver con la sobrevivencia de las propias tesis, con sus perspectivas a futuro. Al respecto hago votos porque a nadie se le ocurra desaparecerlas el día de mañana y sustituirlas por alguna forma de titulación de cortas miras, llámese tesina, examen global de conocimientos o promedio general. Y hago los votos porque en la carrera de lingüísticas se han producido excelentes tesis, las cuales se han convertido en la mejor de las cartas de presentación de nuestros egresados y les han abierto las puertas de universidades y centros de investigación lingüística muy reconocidos en el mundo. He podido constatar que si algo les causa buena impresión a la pléyade de lingüistas que nos visitan con frecuencia es la calidad de nuestras tesis de licenciatura. De ninguna manera se podría afirmar que las tesis de licenciatura de lingüística de la ENAH son “tesis tercermundistas”. Aseverarlo tan categóricamente implica desconocimiento y cierto grado de perversión, de mala fe.

La tercera y última reflexión es más bien una emoción. Yo celebro que en estos tiempos tan neoliberales sigan existiendo colegas como Liv Kony Vergara Romaní, quien siempre ha sido consecuente con sus ideas y ha sabido mantener compromisos con su pueblo y nuestra disciplina. En este sentido, pienso que cada uno de nosotros, al igual que ella, siguiendo su ejemplo, debemos reflexionar sobre la razón de ser de nuestro oficio y no olvidar que la carrera está inscrita en la ENAH. Y lo digo porque existe la intención manifiesta de quitar del plan de estudios de la carrera de Lingüística a la formación antropológica básica, lo cual sería una pena y un craso error. Dicho todo lo anterior, estoy seguro que el libro reseñado será de utilidad a los lingüistas e interesados en saber más sobre las lenguas de nuestra América. Asimismo pienso que será fuente de inspiración para nuevos proyectos de titulación e investigación.



Otomí. Huixquilucan.